

dino cuando, saliendo de la opresion á que lo condenó un gobierno para quien las leyes no eran obstáculo para llenar compromisos contraidos con sus partidarios que lo llevaron al poder; consuela, decimos, oír á los ciudadanos protestar contra los hombres que sacrificaron á las prevenciones de un círculo los intereses mas sagrados de la nacion y llamar de nuevo á los sacerdotes ejemplares que fueron víctimas del despotismo, para que ese llamamiento, su vuelta y las simpatías que les manifestaron los pueblos en toda la república fuesen la reparacion del agravio que con tanta injusticia se les habia inferido. Cuando una administracion justa é hija de la voluntad de la mayoría de los ciudadanos tomó las riendas de la nacion neo-granadina, los jesuitas volvieron á establecer sus colegios y á ocuparse en sus ministerios de paz y de caridad que llevan verdadera ilustracion á los habitantes de los países entre quienes se desempeñan.



CAPÍTULO XVII

Elementos empleados contra la Iglesia. — El arzobispo de Bogotá procesado — Quejas del ministro de Estado en la cámara. — Respuesta que colma de oprobio. — Conducta de algunos eclesiásticos. — Folletos cismáticos. — Los clubs. — Un suceso que asusta. — Destierro intimado al metropolitano. — Expatriacion de los obispos — ¿Cómo eran calificados en el extranjero estos actos del gobierno? — Cuestiones sobre jurisdiccion. — ¿Qué se queria? — Muerte del arzobispo. — Emancipacion.

Indagando atentamente cuáles fueron en la Nueva Granada los mas poderosos elementos que produjeron esa guerra anticatólica cuyos principales detalles hemos bosquejado apénas, tres encontramos desde luego, pero de tal naturaleza que su influencia empleada contra la Iglesia no podia dejar de producirle males sin medida. Encontramos el primero en los hombres que llamados á dirigir los negocios del Estado profesaban ideas irreligiosas y principios disolventes, los que, léjos de disimular, se empeñaban en difundir por cuantos medios estaban en su poder. Estos buscaron su apoyo en la prensa y en los clubs, los cuales, teniendo á su favor las simpatías y la cooperacion de una autoridad que los contó entre sus medios de

defensa, dilataron su accion enormemente. Por el honor de la Iglesia querriamos pasar en silencio el mas funesto de esos elementos, pero como su accion fué tan poderosa como conocidos de todos sus desmanes, nadie llevará á mal que lo denunciemos en los ministros de Dios que conspiraban contra el santuario y auxiliaban sin rebozo los planes inicuos que desarrollaban contra el catolicismo sus encarnizados enemigos.

Empero, por muy poderosa que fuese la accion de todos esos elementos combinados, en la organizacion de la Iglesia, obra perfecta de su divino fundador, encontraban una resistencia que les desbarataba y un poder admirable que les confundia. Esa fortaleza á toda prueba que oponian á los proyectos irreligiosos los obispos colocados al frente de las diócesis; ese celo ardiente que manifestaban los buenos sacerdotes por conservar intactos los derechos de la fe, y ese ardor á nada comparable con que los católicos de corazon corrian á agruparse en torno de los pastores dispuestos á sostener sus resoluciones, presentaban el muro impenetrable que el divino fundador del cristianismo levantó para defensa de su Iglesia y el ejército de valientes que guardan á la inocente esposa del verdadero Salomon. La conjuracion de los malos se dirigió por eso á privar á la Iglesia de sus medios de defensa, á desorganizar sus centros de union y á inutilizar, si posible fuese, las armas destinadas á combatir por sus derechos sacrosantos. El arzobispo de Bogotá fué procesado por el congreso, y los capítulos de acusacion se reducian á no haberse sometido á la ley que ordenó el desafuero del clero; á la que puso á los obispos y demas funcionarios

de la Iglesia bajo la accion inmediata del poder civil, declarándolos empleados fiscales como todos los demas que intervienen en la cosa pública, y á la que finalmente arrebató al culto divino sus emolumentos y redujo á los ministros de Dios á la mendicidad. Estos eran los principales capítulos del proceso que formulaban los diputados para cubrir la injusticia solemne que tenian meditada y estaban resueltos á cometer.

Dia por dia se dirigian interpelaciones virulentas contra el prelado de Bogotá y se acriminaba del modo mas soez la conducta del clero que llenaba su deber con fidelidad ejemplar. Un ministro de Estado, parodiando á un rey impío y perseguidor de los obispos, aseguraba en presencia del cuerpo legislativo que la nacion no podia tener paz con los eclesiásticos, y que en cada uno de estos encontraban un elemento mas de oposicion que combatir las ideas de progreso que desarrollaba el poder ejecutivo de la república. Semejante confesion, hecha por un ministro de Estado que hostilizaba abiertamente á la Iglesia católica, que sin rebozo habia mostrado adhesion á las sectas protestantes, y que sin instruccion era incapaz de conocer hasta dónde alcanzan los deberes del sacerdote, era un elogio tributado al clero granadino por sus mismos enemigos. Porque las quejas de los que reniegan de Dios y de su Iglesia, muy léjos de envilecer á los que deprimen, los presentan llenos de merecimiento y acreedores á las simpatías de aquellos que no han perdido su fe.

Sin embargo, cuando el ministro de gobierno levantaba su voz contra el clero granadino, sacerdotes hubo que

ocupaban asiento entre los representantes que se apresuraron á preguntarle, si entre los miembros de ese clero no encontraba algunas excepciones. La respuesta dada á esta extraña pregunta arroja un feísimo borron sobre los hombres á quienes en ella se pretendió elogiar. « Hay excepciones muy honorables, se respondió, y las hay precisamente entre los individuos que componen la representacion nacional. » ¡ Habia excepciones en hombres que ocupaban su asiento entre los rojos y suscribian proyectos en choque con las leyes eclesiásticas! ¡ Habia excepciones! y en ese número eran contados los que no se ruborizaron de votar por el destierro del metropolitano que sostenia los derechos de Dios y de su Iglesia. La respuesta del ministro tranquilizaria sin duda á los sacerdotes que la provocaron; pero los católicos procesarán perpetuamente á todos los que procediendo de ese modo dan armas á los enemigos de la Iglesia para combatirla, y debiendo ser ellos sus defensores se constituyen en sus verdugos encarnizados.

Mas no se crea que fuese considerable el número de los sacerdotes que conduciéndose de esa manera excitaban el desprecio de unos y la compasion de otros, porque realmente era diminuto considerando en su totalidad al clero de la Nueva Granada.

Hombres alucinados unos por la perspectiva halagüena que les hacian entrever los trastornos religiosos, presuntuosos otros para quererse someter al juicio de los obispos, y capaz alguno de escribir líneas tan poco católicas como estas: « *El gobierno no es un mero fámulo de Roma, ni el Papa es dominador y señor universal; los*

gobiernos para nada necesitan ocurrir á él; Pio IX aplaude á los criminales; las decisiones pontificias no son obligatorias (1), » manifestaban no poseer ni los sentimientos ni la vocacion que supone el sacerdocio católico y los individuos que reciben su sagrado carácter. Leyendo tales expresiones, cualquiera descubrirá en ellas la pluma del cismático que trabaja por rasgar la túnica inconsútil del Señor, y la doctrina del hereje que niega la supremacia del Pontífice, la autoridad de la Iglesia y todas las verdades católicas que no están en armonía con sus mezquinos intereses. Y este fué el juicio que formaron de aquellos los hombres doctos que contribuyeron con su persona y con sus luces á sostener los derechos de la Iglesia en aquella peligrosa situacion.

Folletos de la naturaleza del que acabamos de citar acreditan el desenfreno de una prensa que derramaba cuanto hay de mas ofensivo para la religion y de mas injurioso para sus ministros. Pero esa prensa, ó los que la ponian en movimiento, no trataban ya simplemente de hostilizar al arzobispo de Bogotá, ni de humillar los principios católicos, ni de entregar al ridículo á los verdaderos creyentes, iban mas adelante: querian el cisma. El ministro de Estado que vertió amargas quejas contra los sacerdotes, diciendo que la nacion no podria tener paz con estos, dejaba ver para el porvenir su pensamiento, que la prensa explicaba predicando desobediencia á los obispos, separacion de Roma, iglesia nacional y, en fin, el cisma con todo ese repugnante cortejo que le acompaña en todas partes.

(1) *El arzobispo de Bogotá ante la nacion*, pág. 81.

El poder que descende hasta tocar con los clubs ha perdido toda su fuerza y ajado su dignidad, decia un gran político, y cuando el de la Nueva Granada se arrastraba hasta dejarse manejar por socialistas, cesaba de ser el recto ejecutor de las leyes para convertirse en juguete miserable de pasiones desenfrenadas. Dificil se hace creer que el desenfreno de los revolucionarios llegase hasta el exceso que suponen los hechos que sucedian en los clubs, mas no son por eso aquellos ménos ciertos. Excitados por el gobierno para pronunciarse en el proceso iniciado en el congreso contra el arzobispo de Bogotá, un grito unánime se escuchó entónces de condenacion: el destierro, la confiscacion, la cárcel y aun la muerte pidieron los liberales y rojos contra un hombre á quien su conciencia le impedia someterse á prescripciones que estaban en oposicion con sus juramentos. Entre los mas exaltados hubo uno que se ofreció á servir de verdugo para clavar un puñal en el pecho del prelado; su ofrecimiento sacrilego fué calificado como rasgo de valor, y á su audacia inhumana se dió el nombre de exaltacion de un patriotismo ardiente. Ese crimen horrendo no llegó á consumarse por el puñal del asesino, empero la justicia eterna hacia pender sobre la cabeza del joven insensato el puñal que quiso clavar en el pecho de su pastor. Cuando la dictadura apoyada por los rojos se batia en Bogotá con los ciudadanos armados para derribarla, ese puñal cayó sobre él y traspasó sus entrañas, dejando tendido su cadáver en una de las calles mas públicas. Y no fué mano enemiga quien le dió la muerte, sino uno de sus compañeros políticos y por

querellas privadas. Así venga la justicia del cielo los agravios que los audaces, soberbios y orgullosos le infieren en la tierra.

El arzobispo miéntras tanto, prefiriendo la muerte á la apostasia y todos los horrores del destierro á la vergonzosa traicion de sus deberes, se sometió á la triste suerte que le preparaban sus enemigos y salió de Bogotá ocultamente para no alarmar la poblacion. Sus hermanos los obispos de Cartagena y de Antioquia corrieron la misma suerte y la república granadina vió casi todas sus diócesis vestir duelo en un mismo dia. Las víctimas fueron á buscar asilo en tierras lejanas, pero allí los buenos católicos, los que comprenden la libertad en su verdadero valor, les hicieron la justicia que les negó el gobierno tiránico de su patria. Los católicos de New York mas distinguidos por su posicion social, hicieron públicas ovaciones al arzobispo proscrito de Bogotá por su heróico celo, desplegado en la defensa de los derechos de la Iglesia católica. El clero, los seminarios y las asociaciones católicas de los condados de la Union le dirigieron ardientes felicitaciones por la energía y el valor con que llenó su puesto como pastor de una iglesia, y los funcionarios mas dignos de los Estados americanos dieron al metropolitano de Bogotá señales nada equívocas del aprecio y respeto que su virtud le habia granjeado en el corazon de los buenos.

Digno es de notarse lo que en esta circunstancia repitió muchas veces la prensa sensata de Norte-América refiriendo lo que pasaba en la Nueva Granada. « En la Union americana, donde se comprende y se practica la